

Henry Miller
Trópico de Cáncer.
Trópico de Capricornio

Traducción de Alfonso Bolado y Manuel G. Palacio

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 07/10/2023
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

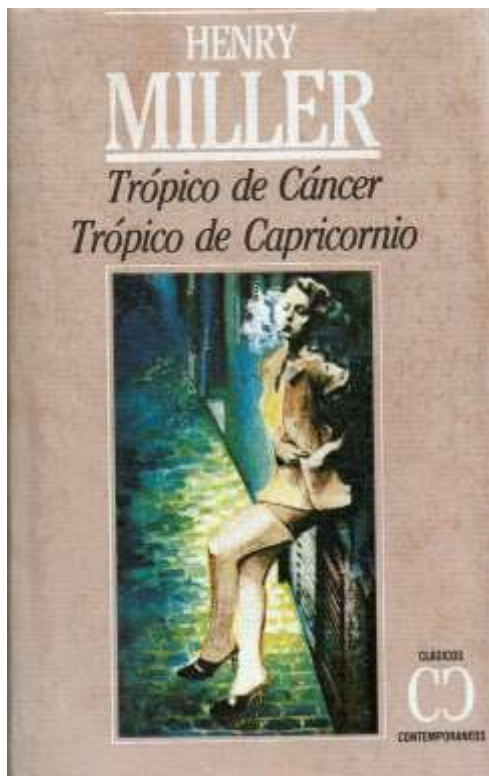
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Henry Miller:

**Trópico de Cáncer y
Trópico de Capricornio**

Traducción al castellano de
Alfonso Bolado y Manuel G.
Palacio

Mundo Actual de Ediciones, S.A. para
Discolibro, S.A., 1982



Una edición de las dos novelas más famosas de Henry Miller para un club de lectores, más o menos, un pequeño mito literario que en unos años pasados – y el franquismo andaba coleando todavía por ahí – hacía imprescindible su lectura para ser “moderno”, de alguna manera, y que creo que han envejecido más de lo que por entonces se pudiera uno imaginar. Tal vez podría influir ese tono cínico y desalentado que trasuda todo el libro – los dos libros – como en este mínimo fragmento que recojo de entre múltiples fragmentos que pudieran



recogerse similares, escatológicos y descarados: “Los orígenes de las civilizaciones son las simas fétidas del mundo, el osario al que los pútridos úteros abandonan sus rojos paquetes de carne y hueso” (p.136). Pero sobre todo por el tratamiento descarnado del sexo en una ciudad de prestigio artístico y cultural en general como era la París de los años treinta, de la bohemia en general, pero de la bohemia artística norteamericana más en particular, a punto del estallido de la guerra de España primero y luego de la segunda guerra mundial del siglo pasado. La obsesión del protagonista era, por decirlo pronto y claro, primero comer y luego follar. Y toda la primera novela, *Trópico de Cáncer*, es un delirio de comer y follar, y poco más.

Así las cosas, no hay resquicio para una metáfora en serio sobre la Natación, la Nadadora, el Nadador. Ni como signo de vitalidad ni como otra posibilidad. Apenas un ricachón que “nadaba en dinero” (p.191) o en un prostíbulo una puta negra que los deslumbró, y su nadar sí que está acorde con el conjunto del libro: “Mirarla y empalmarse era todo uno. Sus ojos parecían nadar en semen” (p.170). Y poco más. Al final del relato, el protagonista, el propio Henry, sin duda Miller, convence a un amigo para que abandone a su novia francesa y regrese a América; es el único atisbo de esbozo de novela al uso, con final de personaje del oeste que se va del poblado alejándose hacia el horizonte. Después de una sesión intensa de bebida, Fillmore, que así se llama ese amigo, se quedó convencido de que debía volver a su país: “En sus ojos surgió un destello de esperanza, distante, loca, desesperada. Seguro que se veía a sí mismo cruzando el Atlántico a nado” (p.219).

Tal vez el único momento en el que la metáfora del Nadador tiene alguna grandeza o sentido, en esta novela que aparece en 1934, en pleno ascenso de los fascismos/nazismos en Europa, tras la llamada Gran Depresión, sea en un momento en el que el autor, a la sombra de la “muerte de Dios” nietzscheana, si se pudiera decir así, parece reflexionar en su tono nihilista y desalentado que a veces parece retórica impostación de tan extremada:

Cuando veo los hombres y mujeres que se mueven con indiferencia entre los muros de su prisión, protegidos, apartados por unas horas, me sorprende la capacidad para el drama que contienen aún esos débiles cuerpos. Detrás de los grises muros hay todavía chispas humanas, pero, con todo, no hay aún explosión. Y me pregunto: ¿Son realmente hombres y mujeres son sombras de muñecos movidos por invisibles hilos? Parece que se mueven libremente, pero no tienen dónde ir. Sólo en una comarca son libres, pueden vagar a su capricho, pero no han aprendido a alzar el vuelo. No ha habido hasta ahora sueños que permitan alzar el vuelo. ¡No ha nacido aún un solo hombre lo suficientemente ligero, lo suficientemente *alegre* como para abandonar la tierra! Las águilas que batieron poderosamente sus alas se han desplomado en tierra. Nos aturdieron con el batir de sus alas, con sus evoluciones. ¡Quedaos en tierra, águilas del futuro! Una vez explorado el cielo, se vio que estaba vacío. Y lo que yace bajo la tierra también está vacío, sin más que huesos y sombras. ¡Quedaos en tierra, nadad otros cuantos centenares de miles de años!
(p.177)

Es el texto que cierra otra de sus afirmaciones obsesivas, “el mundo estaba agotado. *¡Nuestro mundo occidental!*”

Si en *Trópico de Cáncer* había un atisbo de novela con argumento reconocible, *Trópico de Capricornio* era casi un continuo narrativo, muchas veces hiperbólico en su expresión y con una sucesión sin fin de personajes esbozados, casi sólo citados en ocasiones, sin desarrollo posterior, con chispazos expresivos aquí y allá y melopeas en torno al ser americano o civilizado o al ser sin más... Al menos, el personaje principal y narrador – un tal Henry, por supuesto Miller – se muestra en ocasiones como Nadador. La primera vez que esto sucede, es tras entrevistarse con un preso encantado de estar en la cárcel:

Casi podría decirse que era feliz. Dijo que no tenía que preocuparme por él, que ya se las arreglaría. Dijo que todo el mundo se portaba muy bien, que no tenía queja de nada. Me despedí de él algo aturdido. Fui a una playa cercana y resolví nadar un rato. (p. 255).

Más explícitamente aparece como nadador en otra escena, muy acorde con el tono de sus dos libros, procaz y descarado:

Recuerdo que un verano conocí en los Catskills a una muchacha llamada France. Era hermosa y lasciva, con fuertes tetas escocesas y una hilera de dientes blancos y parejos, muy igualitos ellos, deslumbradores. La cosa empezó en el río, donde estábamos nadando. No nos alejábamos del bote y uno de los pechos le salió del traje de baño. Le saqué el otro y luego le solté el tirante. Se sumergió esquivamente debajo del bote y la seguí. Cuando salió a tomar aire, le quité el cochino traje de baño y quedó flotando como una sirena, con las grandes y fuertes tetas que subían y bajaban cual corchos hinchados. Me quité el calzón de baño y empezamos a jugar como delfines al lado del bote. Poco después llegó su amiga en una canoa. Era una muchacha bastante corpulenta, una especie de rubia fresca con los ojos color de ágata y rostro cubierto de pecas. Se alarmó un poco al vernos en cueros, pero no tardamos en hacerla caer de la canoa y la desnudamos. Al poco ya jugábamos los tres juntos debajo del agua, pero era difícil hacer algo con ellas porque eran tan escurridizas como anguilas.

En esta larga escena erótica en el río, una tormenta los hace refugiarse en una caseta y luego, tras un episodio grotesco en el que el chico se divierte con un discurso irreverente y blasfemo dirigido a Dios, la muchacha llamada Agnes perdió los nervios y en pleno desvarío se fue hacia el río y hacia la barca:

Era una católica irlandesa idiota y nunca antes había oído que le hablaran a Dios de esa manera. Súbitamente, en el momento en que yo seguía con mi danza detrás de la caseta, echó a correr hacia el río. Oí que France gritaba:

-¡Hazla volver, se va a ahogar! ¡Hazla volver!

Me lancé tras ella. La lluvia seguía cayendo a cántaros. Le grité que se volviera, pero continuó corriendo ciegamente como poseída por el diablo, y cuando llegó a la orilla se arrojó al agua y se dirigió al bote. Nadé tras ella y el llegar al lado del bote que temí se volcara, la tomé por la cintura con una mano y comencé a hablarle con voz calmada y tranquilizadora, como si le hablase a un niño:

-¡Apártate de mí! – dijo - ¡Eres un ateo!

Caramba, me quedé de una pieza, tanto me asombré al oír aquello. ¿Así que de eso se trataba? ¡Toda aquella historia porque insultaba yo a Dios Todopoderoso!
(pp. 427-429)

Una tercera escena (pp.390-391) se puede encontrar sobre el protagonista nadador, esta vez en relación con otros dos personajes de esos que aparecen y desaparecen con la misma rapidez y no pasa nada más con ellos de trascendencia para la novela. Son, en este caso, Maxie y Rita, dos hermanos.

Ahora puedo comprender mejor mi situación cuando pienso en mis relaciones con Maxie y su hermana Rita. Por aquellas fechas, Maxie y yo nos dedicábamos a los deportes. Frecuentemente solíamos ir a nadar juntos, eso lo recuerdo perfectamente. A menudo pasábamos todo el día y hasta toda la noche en la playa. No había visto a la hermana de Maxie nada más que en una o dos ocasiones; cada vez que yo la citaba, Maxie empezaba al instante a hablar de otra cosa con frenesí. Esto me molestaba porque, en realidad, en el fondo me aburría mortalmente con Maxie, hasta el punto de que sólo le toleraba porque me prestaba dinero de buena gana y me compraba cosas que yo necesitaba. Cada vez que íbamos a la playa, confieso que me animaba la esperanza de que apareciera inesperadamente su hermana. Pero no, Maxie se las arreglaba siempre para que ella no se acercase a mí. Pues bien, un buen día, cuando estábamos desnudándonos en la caseta y cuando él me enseñaba que tenía un excelente y ajustado escroto, le dije de golpe:

-Mira Maxie: tus pelotas son de lo mejor, realmente maravillosas y no tienes por qué preocuparte, pero, ¿dónde diablos está Rita? ¿Por qué no la traes alguna vez y me dejas que le eche un buen vistazo en el chocho...? Sí, el chocho, ya entiendes lo que quiero decir.

Como Maxie era un judío de Odesa, jamás había oído la palabra chocho. Lo horrorizaron mis palabras y, al mismo tiempo, quedó vivamente intrigado por esa nueva palabreja. En una especie de ofuscamiento me dijo:

-Caray, Henry, ¡no debías decirme semejantes cosas!

-¿Por qué no? – contesté – Tu hermana tiene chocho, ¿no es verdad?

Estaba a punto de añadir algo más cuando a Maxie le dio un terrorífico ataque de risa. Eso salvó la situación por el momento. Pero en el fondo, a Maxie no le gustó la idea. Todo el santo día estuvo como ofendido, aunque no volvió a referirse a nuestra conversación. No estuvo muy callado ese día. La única venganza que imaginó fue desafiarme a nadar mucho más allá de la zona de seguridad, con la esperanza de cansarme y dejar que me ahogara. Adiviné tan claramente lo que le pasaba por la cabeza, que me sentí poseído por la fuerza de diez hombres. Sí, sí, cualquier día me iba yo a ahogar tan solo porque su hermana, como todas las mujeres, tenía chocho.

Largo preludeo, como no, a una tormentosa escena erótica posterior con Rita. Y nada más.

Estas son las tres escenas en las que el protagonista se muestra como Nadador. El resto de las alusiones son mínimas metáforas momentáneas, en ocasiones truculentas y en la línea de su tono procaz general; como “parecía que nadase en un mar menstrual” (p.143), al referirse a una muchacha, por otra parte “dulce y virginal”. Otra metáfora truculenta, al referirse a sí mismo como un inadaptado que debe adaptarse al modo de vida americano, para no terminar siendo una “*¡Persona non grata!*”:

Tenía que aprender a vivir con la escoria, a nadar como una rata. Como una rata de albañal o ahogarme. Para ser aceptado y apreciado, tienes que unificarte, hacerte indistinguible, del rebaño.

También alguna expresión sin ningún tipo de intención o trascendencia, como “Las luces del bulevar nadaban en la niebla” (p.293), u otra con su amado perfil truculento como “Cocidas vivas, las langostas nadan en hielo, sin dar ni pedir cuartel, sin duda inmóviles e inmotivadas en el hastío helado de la muerte” (p. 305). En una alusión breve a la coca, en escena onírica excesiva como siempre, otra alusión banal: “Nos reuníamos nadando en sangre, una reunión sangrienta, glauca, en la noche, con todas las estrellas extinguidas...” (p.415). O, para terminar esta enumeración de citas breves, algo alucinadas, y sin demasiado entronque con algún tipo de argumento que pudiera hilvanar la novela, pues todo se reduce a fragmento más fragmento que apunta a algo que luego no desarrolla de forma narrativa, otra breve metáfora procaz, tan de su gusto: “Solo pude ver sus ojos que brillaban a través de enormes senos luminosos, como de carne, cual si estuviera yo nadando detrás de ellos en los efluvios eléctricos de su visión incandescente” (p. 408). ¿Riqueza estilística o desborde hiperbólico? La experiencia lectora personal de *Trópico de Capricornio* fue muy insatisfactoria. Pero no quiero ser contundente en la manifestación de mis impresiones...

En uno de esos momentos en los que el autor se deja arrastrar por la inspiración literaria pura y crea esos fragmentos entre oníricos y alucinados, con frecuencia hiperbólicos y un punto esotéricos, como en otro momento dijimos, entre pesimistas y desalentados, existencialistas antes del existencialismo, pseudo-filosóficos de alguna manera, pues más que pensamiento reflexivo veo en ellos

desborde verbal, en ocasiones contradictorio o simplemente paradójico, más próximo a una prosa poética y abstracta que a una prosa novelística propiamente dicha, aparece un largo fragmento en el que el Nadador como metáfora alcanza su cumbre en la novela, nadador carnal y hasta sideral... Como sucede en este tipo de párrafos amplios, se puede fragmentar por cualquier sitio casi, que suele conservar el tono general de la novela...

Soy el espacio negro de la noche en que los brotes revientan de angustia, una estrella de mar que nada en el rocío helado de la luna. Soy el germen de una nueva locura, una monstruosidad vestida de lenguaje inteligible, un sollozo enterrado como astilla en lo vivo del alma. Bailo la encantadora y cuerda danza del gorila angelical. Estos son mis hermanos y mis hermanas que están locos y son angelicales. Bailamos en el hueco de la taza de la nada. Somos de una misma carne, pero separados como estrellas.

En el momento todo está claro para mí, está claro que en esta lógica no hay redención, que la ciudad misma es la peor forma de locura, y todas y cada una de sus partes, orgánicas o inorgánicas, una expresión de la misma locura. Me siento absurda y humildemente grande, no como un megalómano, sino como una espora humana, como la esponja muerta de la vida hinchada hasta la saturación. Ya no miro a los ojos de la mujer que tengo entre los brazos, sino que nado a través de ellos, cabeza, brazos y piernas, y veo que tras las cuencas de los ojos hay una región inexplorada, el mundo del porvenir, y aquí no hay lógica alguna, sino solamente la quieta germinación de acontecimientos no interrumpidos por la noche y el día, por el ayer y el mañana. El ojo, acostumbrado a la concentración en puntos del espacio, se concentra en puntos del tiempo; el ojo ve hacia delante y hacia atrás, como guste. El ojo que tiene el yo no existe ya; este ojo sin yo no revela ni ilumina. Viaja por la línea del horizonte, viajero incesante, mal informado. Esforzándome por conservar el cuerpo perdido, crecí en lógica contra la ciudad, un punto dígito en la anatomía de la perfección. Crecí más allá de mi muerte, espiritualmente brillante y duro. Estaba dividido en ayeres interminables, interminables mañanas, descansando sólo en la cúspide del acontecimiento, una pared con muchas ventanas, pero desaparecida la casa. Debo destrozar las paredes y las ventanas, última corteza de mi cuerpo perdido, si quiero volver al presente. Por eso es que ya no miro a los ojos ni a través de los ojos, sino que mediante la prestidigitación de la voluntad nado en los ojos, cabezas, brazos y piernas, para explorar la curva de la visión. Veo en mi torno, como la madre que en otro tiempo me llevó en su seno veía a la vuelta de la esquina del tiempo. He roto la pared creada por el nacimiento y la línea del viaje es redonda y continua, uniforme como el ombligo. No hay forma, ni imagen, ni arquitectura, tan sólo vuelos concéntricos de locura. Soy la flecha de la sustancialidad del sueño. Verifico mediante el vuelo, nulifico dejándome caer a la tierra.
(p.322)

Y así podría pasarse hojas y hojas de escritura, casi automática podría ser también, se ve la inspiración que desborda, las reiteraciones que la prolongan, el sinsentido de la desmesura. Tiene algunas líneas directrices que, aquí y allá, aparecen de vez en cuando, como en este mismo texto, más adelante (p.323):

“La ciudad crece como un cáncer: debo crecer como un sol”, por ejemplo, que cada lector debe encontrar.

Si *Trópico de Cáncer* era un continuo narrativo sin capítulos o partes divisorias específicas, *Trópico de Capricornio* está dividido en tres partes: “En el tranvía ovárico”, “Introducción a Historia Calamitatum” e “Interludio”, más una “Coda” final. Tres partes desmesuradas en sí mismas, pero que, por alguna mágica razón, terminan, antes de comenzar la “Coda”, con una suerte de canto raro en el que el Nadador ocupa un lugar central, como si parte de esa metáfora del nadador y la natación se hiciera esencial en el conjunto: tras tirar los patines y nadar, la música como premio que sólo puede concederse uno mismo, un dios cuando se ha dejado de pensar en Dios. El inicio de la imagen o metáfora que luego desarrollará puede captarse aquí: “Podía patinar por el infierno, así de veloz y ligero era yo” (p.484), que abría el final del capítulo (pp.384-385) que aquí reproducimos a continuación:

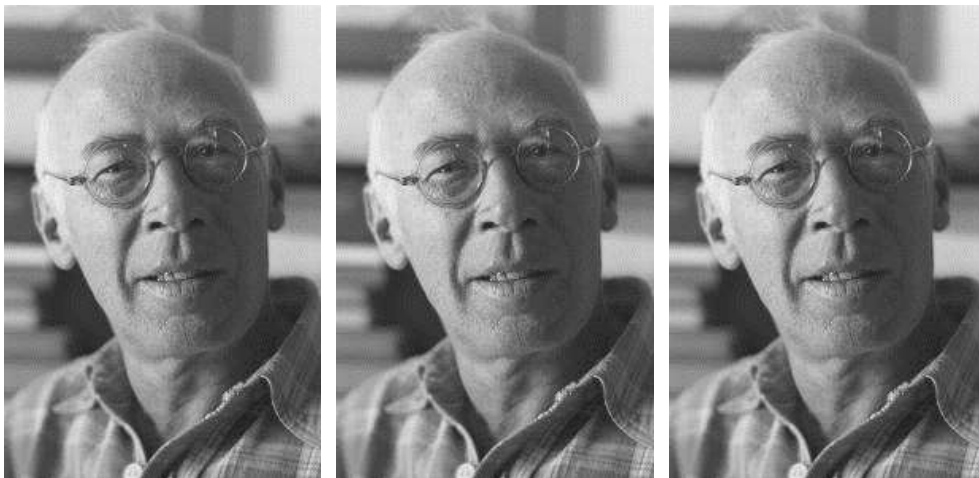
Cada vez que dejaba de patinar había un cataclismo: la tierra se abría y me tragaba. Era yo un hermano para todos y, al mismo tiempo, un traidor a mí mismo. Hacía los más espantosos sacrificios, tan sólo para encontrar que no tenía ningún valor. ¿De qué servía probar que podía ser lo que esperaban de mí si no quería ser ninguna de esas cosas? Cada vez que llegas al límite de lo que piden de ti, te encaras al mismo problema. ¡Ser tú mismo! Y con el primer paso que das en esa dirección, adviertes que no hay más ni menos; tiras los patines y nadas. Y no hay deseo de prestar auxilio a los demás, pues ¿por qué robarles el privilegio que hay que merecer? La vida se extiende de un momento a otro de estupenda infinitud. No hay nada que pueda ser más real que lo que supones que es. El Cosmos es lo que tú crees y no podría ser ninguna otra cosa mientras tú seas tú y yo, yo. Vives en los frutos de tu acción y tu acción es el producto de tu pensamiento. El pensamiento y la acción es una misma cosa, porque al andar estás en ella y formas parte de ella, y es todo lo que tú deseas que sea, ni más, ni menos. Cada braceo vale para la eternidad. El sistema de calefacción y de enfriamiento es sólo un mismo sistema, y Cáncer no está separado de Capricornio más que por una línea imaginativa. No te pones estático y no te hundes en violenta aflicción; no rezas para que llueva, ni bailas una jiga. Vives como una feliz roca en medio del océano: estás fijo mientras todo lo que te rodea se encuentra en tempestuoso movimiento. Estás fijo en una realidad que permite pensar que nada está fijo, que aún la roca más feliz y poderosa se disolverá completamente un día y será tan fluida como el océano de que nació.

Es ésta la vida musical a que me acercaba patinando como un maniático por los vestíbulos y corredores que llevan de lo exterior a lo interior. Mis luchas nunca me acercaron a ella, ni mi furiosa actividad, ni mi roce con la humanidad. Todo eso era, sencillamente, un movimiento de un vector a otro, en un círculo que, por mucho que se dilatara el perímetro, se mantenía paralelo a la región de que hablo. La rueda del destino puede ser trascendida en cualquier momento porque en cada punto de su superficie toca el mundo real y sólo se necesita una chispa de iluminación para realizar lo milagroso, para transformar

al patinador en nadador y al nadador en una roca.
La roca no es más que una imagen del acto que detiene
la vana rotación de la rueda y hunde el ser en la conciencia plena.
Y la conciencia plena es como un océano inagotable que se da al sol y a la luna,
y también *incluye* al sol y a la luna. Todo lo que es nace
del océano ilimitado de la luz... aún la noche.

Algunas veces, en las incesantes revoluciones de la rueda, tengo un atisbo
de la naturaleza del salto que es necesario dar. Saltar del aparato de relojería...
ése era el pensamiento libertador. ¡Ser algo más, algo *distinto*,
que el maníaco más brillante de la tierra! La historia del hombre sobre la Tierra
me aburría. La conquista, aún la conquista del mal, me aburría. Es maravilloso
irradiar bondad porque es interminable y no requiere demostración.
Ser es música, que es una profanación del silencio en beneficio del silencio
y, por lo mismo, está más allá del bien y del mal.
La música es la manifestación de la acción sin actividad.
Es el acto puro de creación que nada en su propio seno.
La música no agujonea ni protege, no busca ni explica. La música
es el ruido silencioso que hace el nadador en el océano de la conciencia.
Es un premio que sólo puede ser dado por uno mismo.
Es el don del dios que es uno porque ha cesado de pensar en Dios.
Es un augurio del dios en que nos convertiremos todos a su debido tiempo,
cuando *esté* más allá de la imaginación de todo lo que *es*.

Un final que quiere ser filosófico y vitalista; y que tras la nietzscheana muerte de
Dios convierte al hombre en un dios musical que nada sobre sí mismo, sobre su
propia acción, en el océano de su propia conciencia. Por fin, y quién lo iba a
decir, una de las más bellas y poéticas metáforas del Nadador. Es el final de la
parte principal de la novela *Trópico de Capricornio* que, tras este remate
poético, va a volver en la “Coda” a Nueva York, Broadway, las preguntas
existenciales y el sueño “en la negra matriz del sexo”.



HENRY MILLER

Nació en Yorkville en 1891, aunque al año de su nacimiento su familia se trasladó a Nueva York. Finalizados sus estudios escolares a los diecisiete años, se puso a trabajar en una fábrica de cementos. Desde entonces hasta 1924 se casa (por primera vez), viaja por Estados Unidos y recorre todo tipo de trabajos.

En 1924 rompe amarras con su pasado: se divorcia y vuelve a casarse (por segunda vez), abandona el empleo y decide dedicarse a la literatura, en la que ya había hecho sus pinitos. Acosado por la pobreza, más bien por la miseria, vive de forma marginal, primero en Nueva York y luego en París, donde fija su residencia en 1930. En esta ciudad empieza a escribir en 1932 el **Trópico de Cáncer**, relato apasionado de la vida, entre mísera y aventurera, de estos años parisinos. Su publicación en 1934 desata el escándalo, y con él, los primeros rendimientos de su carrera literaria. En 1939 sigue el **Trópico de Capricornio**. En 1940 regresa a Nueva York. Murió en 1980.

Henry Miller es, más que un escritor, un hombre que escribe. Es decir, que su vida y su trabajo están tan profundamente imbricados que resulta imposible diferenciarlos. Egocéntrico y brutalmente sincero, rebelde, torrencial, esencialmente vivo, su prosa es de las más enérgicas y contundentes de la novelística contemporánea. Estilísticamente, procede de la tradición realista norteamericana, aunque con una obvia influencia surrealista, de rai-gambre francesa. De su amplia obra conviene destacar, aparte de los **Trópicos**, considerados lo más importante, la trilogía formada por **Sexus**, **Plexus** y **Nexus**, comenzada en 1944 y terminada en 1959, **El coloso de Marusi** (1940), **Insomnia** (1972)...